

LECCION SÉTIMA.

Guerra con Francia.— Bombardeo de Veracruz.— Origen de la guerra.— Contestaciones.— El baron Deffaudis.— D. Luis G. Cuevas.— Los franceses atacan Ulúa.— El general Gaona.— D. Blas Godines.— El 5 de Diciembre.— Herida y prision de Santa-Anna.— Fin de la guerra.— Bustamante toma el mando de las armas.— Santa-Anna le sustituye en el poder.— Arista marcha contra Urrea y ocupa Tampico.— Urrea se une á Mejía y marcha sobre Puebla.— Santa-Anna derrota á Mejía en Acajete y le fusila.— Urrea se oculta y sorprende al Presidente en Palacio.— Bustamante resiste y triunfa de la rebelion.— Pronunciamiento de Valencia.— Santa-Anna média y se alza con el poder.— Salida de Bustamante á Guadalajara.— D. Javier Echeverría en el poder.— Proyecto de monarquía de D. José María Gutiérrez Estrada.— Plan de Tacubaya.— Revolucion de Yucatan.— Santa-Anna en el poder.— Prostitucion y despotismo.— Instalacion de un nuevo Congreso.— Golpe de Estado.— El 6 de Diciembre de 1844.— Presidencia del general Herrera.— Tejas se une á los Estados Unidos.— Conducta indigna de Paredes.

Ocupábase la República de la importante cuestion de Tejas cuando vino á preocuparla la reclamacion francesa que dió por resultado el bombardeo de Veracruz. (*)

El verdadero origen de esta guerra debe buscarse en las violencias de los jefes militares y en el espíritu de tráfico y de agencia mercantil que dominó á algunos ministros extranjeros, tomando el carácter de corredores de los intereses de sus súbditos, con honrosas

excepciones. Amagados nuestros gobiernos ignorantes ó tímidos, terminaban los negocios privados *en convencion*, ó sean compromisos de Gobierno á Gobierno que produjeron muy funestas consecuencias á nuestra patria.

Habia reclamaciones de súbditos franceses ocasionadas por las guerras civiles. El general Bustamante indebidamente descuidó este negocio; el Gobierno frances envió al baron Deffaudis á hacer estos cobros, y el ministro de Relaciones D. Luis G. Cuevas contestó que no entraria en negociaciones mientras estuviese la escuadra francesa en las aguas mexicanas.

Entónces el almirante Baroche que estaba en Veracruz, declaró que cesaban las relaciones entre Francia y México y que estaban bloqueados los puertos todos de la República.

En estos dias ancló en nuestras aguas el almirante Baudin, quien pidió contestacion al *ultimatum*.

Ningun resultado tuvo una entrevista entre Baudin y Cuevas, y el 27 de Noviembre rompió sus fuegos la escuadra francesa contra San Juan de Ulúa.

El general D. Antonio Gaona, con una cortísima fuerza y cuarenta cañones, hizo frente al empuje de la escuadra francesa durante cuatro horas que sufrió el fuego de 140 piezas de artillería.

El heroico oficial D. Blas Godines defendia el Caballero Alto, y quedó entre sus escombros mutilado de un brazo y una pierna.

Habiendo volado el Caballero Alto y muerto la mayor parte de la guarnicion, hizo una honrosa ca-

pitulacion, quedando con el mando de la plaza el general Santa-Anna.

El 5 de Diciembre, los franceses, favorecidos por una espesa niebla, desembarcaron con objeto de apoderarse del jefe mexicano, lo que no lograron, aprehendiendo sólo á Arista.

Santa-Anna, que estaba en el propio edificio que Arista, se salvó con singular viveza, y unido á las tropas nacionales hizo reembarear á las francesas con bravura extremada. En lo más recio del combate perdió Santa-Anna una pierna, y tal circunstancia y el parte elocuente de aquella accion escrito por el Lic. Villamil, le rehabilitaron en la opinion y le abrieron más tarde las puertas del poder.

Un sello de sangriento sarcasmo señaló para el Gobierno frances esta guerra, que se llamó *de los pasteles*, por haber entre las reclamaciones una en que figuraban *sesenta mil pesos de pasteles*, de los que valen hoy á centavo.

El Sr. D. Ignacio Altamirano, en el estilo vehemente que tan bien maneja, se expresa en los siguientes términos de esta guerra:

“A consecuencia de este desastre y de la falta de energía del Gobierno de Bustamante, que no la desplegaba sino contra sus compatriotas, se abrieron nuevas negociaciones que concluyeron con un tratado vergonzoso, padron de ignominia para aquel Gobierno que no tiene excusa alguna para tanta debilidad. Se pagó á la Francia cuanto exigia, etc.” (*)

Los pronunciamientos en contra del centralismo se multiplicaron; el Presidente Bustamante se puso al frente de las armas, sustituyéndole el general Santa-Anna (18 de Marzo de 1839), y el general Arista marchó contra Urrea que ocupaba Tampico.

Urrea esquiva el ataque de Arista y Bustamante, y abandona Tampico, vuela á unirse al general D. Antonio Mejía, y ambos se dirigen sobre Puebla, pero Santa-Anna los ataca en Acajete y fusila á Mejía que cayó prisionero. El general Tornel, Ministro de la Guerra, que acompañó al general Santa-Anna, firmó aquella sentencia.

Urrea se oculta en México, y aprovechando los elementos de la revolucion, el 15 de Julio de 1840 se pronuncia en la capital haciéndose del Palacio Nacional.

El general Bustamante, sorprendido en su propio aposento, observó una conducta tan valiente y resuelta, que forzó á sus enemigos á que le pusiesen en libertad. (*)

Ocupó el convento de San Agustin, organizó el Gobierno y las fuerzas contra los rebeldes, y durante quince días, la capital se convirtió en campo de batalla, hasta que vencidos los pronunciados, evacuaron Palacio.

El descontento, no obstante, crecia, y explotándolo se pronunció en Guadalajara, el 8 de Abril de 1841, el general Paredes y Arrillaga.

A pocos dias, el general Valencia secundó el pronunciamiento en la Ciudadela de México, y Santa-

Anna, que habia observado una conducta equívoca ofreciéndose como mediador para sacar personalmente partido, el 9 de Setiembre se pronunció en Perote.

El general Bustamante salió á combatir á los pronunciados de Guadalajara, quedando en el mando D. Javier Echeverría, honrado comerciante de Veracruz que era Presidente del Consejo.

Con motivo de los acontecimientos de Julio, D. José María Gutiérrez Estrada, yucateco, que gozaba cierta consideracion en sociedad, escribió una carta al Presidente de la República, exponiéndole la imposibilidad de que tal sistema se plantease en México y encareciéndole la conveniencia de establecer una monarquía con un príncipe extranjero á su cabeza. La impresion que esta carta folleto produjo en México fué de profunda indignacion; el autor tuvo que ocultarse; pero para los enemigos de la independencia se señaló como una esperanza que á los 23 años creyeron realizar cuando el propio Gutiérrez Estrada fué á Miramar á ofrecer la corona á Fernando Maximiliano de Austria. (*)

En Octubre triunfó totalmente la revolucion; los tráfugas, los traidores, los traficantes con la revuelta aparecieron sosteniendo un plan formado en Tacubaya por los adictos al general Santa-Anna. El plan creaba una *Junta de notables* que le nombraron Presidente.

Yucatan se rebeló á la noticia del cambio de Gobierno, y se nombró al general Matías Peña y Barragan para que sometiese á la Península.

Santa-Anna casi no ejercia el poder sino por medio de sustitutos.

En sus haciendas se verificaba un festin diario; sus cortesanos, los agiotistas y los aduladores, le formaban una atmósfera de placeres perpetuos. Cuando venia á la ciudad, tahures, galleros y mujeres de mala vida se regocijaban. Sus ayudantes y adictos eran corredores de toda clase de negocios; se acicalaba y seguia una vida sibarita; premiaba los más sucios servicios con condecoraciones militares; en una palabra, se ocupó en prostituir el poder hasta lo repugnante y asqueroso, apoyándolo todo en aquella máxima estúpida que dice: quien tiene la fuerza todo lo tiene.

Entretanto, una nueva Junta de notables formó las *Bases orgánicas*, y en virtud de ellas se hicieron nuevas elecciones para otro Congreso que se instaló el 1º de Enero de 1844, nombrando á Santa-Anna Presidente constitucional.

En este Congreso figuraban los Sres. Otero, Pedraza, Luis de la Rosa, Llaca y otros eloquentísimos oradores, sabios políticos y patriotas honrados y entendidos. (*)

La sexta de las bases orgánicas prevenia que el Presidente provisional diese cuenta al Gobierno de sus actos. Santa-Anna no quiso hacerlo.

Con tal motivo se pronunció Paredes en Guadalajara, y en el Congreso se reivindicaron los derechos del pueblo.

Canalizo mandó suspender las sesiones del Congreso el 29 de Noviembre de 1844.

La indignacion universal se hacia sensible; esta *opinion*, tan omnipotente como despreciada por todos los déspotas, constituia una fuerza incontrastable. (*)

Los diputados perseguidos se refugiaron en San Francisco, protestando contra las violencias, y entónces, rodeándoles el pueblo en masa, la capital como un solo hombre, incontenible y tremenda como la tempestad, aprehendió á Basadre y Canalizo, elevó á Herrera á la Presidencia, restituyó, en marcha triunfal, á los diputados á sus puestos, y se desbordó derribando los monumentos que habia levantado la adulacion á Santa-Anna. (*)

Sabedor éste de lo ocurrido en México y contando con una fuerza de doce mil hombres, se dirigió sobre la capital; pero intimidado por la actitud formidable que ésta guardaba, se retiró primero á Puebla; aturcido por la resistencia de aquella ciudad, se dirigió á Veracruz; en el camino lo abandonaron sus tropas, le hicieron prisionero los indios miserables de Jico, y reducido á prision en Perote, fué débil é indigno de su nombre y de las distinciones con que le habia honrado la nacion.

D. José Joaquin de Herrera entró al poder en 1844 y lo dejó en 1846, en que fué derribado por una nueva revolucion. (*)

El 24 de Mayo se decretó el destierro de Santa-Anna, Canalizo y sus ministros.

Tejas declaró que formaba parte de la Union Americana. (*)

En vista de la actitud que guardaba Tejas, se con-

fió al general Paredes y Arrillaga un florido ejército para que contuviera los avances de aquellos rebeldes, pero aquel malaconsejado general, léjos de cumplir su honrosa mision, se pronunció contra el Gobierno en la hacienda de la Pila, cerca de San Luis Potosí, el 14 de Diciembre de 1845, llegando á México el 2 de Enero de 1846.

El primer acto de este general fué nombrar una Junta de notables que le eligió Presidente, y tomó posesion del mando en 4 de Enero de 1846.

LECCION OCTAVA.

El general Paredes.—Guerra americana.—Palo Alto.—La Resaca de Guerrero.—Abandono de Matamoras.—Pronunciamiento de Guadalajara.—Pronunciamiento del general Salas.—Caida de Paredes.—Santa-Anna y Farías en el poder.—Los norte-americanos en Veracruz.—Pronunciamiento de los *polkos*.—Presidencia del general Anaya.—Tampico.—General Parrodi.—Chihuahua.—General Trias.—Nuevo-México.—California.—Sitio y toma de Monterey.—Vuelta á San Luis.—Fin del pronunciamiento de los *polkos*.

Como hemos visto, en la época del general Herrera se declaró Tejas incorporado á los Estados Unidos; pero aunque se ha dado idea de los preliminares de la guerra, es preciso presentar en un cuerpo de narracion encadenada, los acontecimientos, para la debida claridad.

El próspero desarrollo de la Unión Americana alentó la ambición de adquisiciones de mayor territorio; y lo lograron, adquiriendo con poco esfuerzo las Floridas, la Luisiana y el Oregon. (*)

La rica, férax y extensa provincia de Tejas irritó la codicia de los norte-americanos; el Gobierno se hizo órgano de esos deseos y propuso á España primero, y despues á México, la compra de aquel territorio.

Rechazadas las expuestas pretensiones, se recurrió á otra política más pérfida.

Protegióse la insurreccion de los colonos contra el Gobierno, y dizque para vigilar lo que ocurría, se mandó al general Gaines á Nacodoches, sin miramiento alguno, invadiendo de hecho el territorio nacional.

Independido Tejas, reconoció el Gobierno norte-americano su independencia por un tratado de 12 de Abril de 1844, en virtud del cual lo anexaba á los Estados Unidos, con tal atropello, que nuestro Ministro en Washington, D. Manuel E. Gorostiza, ilustre patricio, pidió sus pasaportes y abandonó los Estados Unidos.

Las Cámaras de los Estados Unidos aprobaron el robo escandaloso de territorio, y no contento el Gobierno, le dió tal extension, que aseguraba que era su límite el Rio Bravo: por este ardid grosero que sostenía la fuerza, se quería hacer creer que México era quien agredía, cuando se le mutilaba contra todo derecho.

Por estos motivos se declaró la guerra á mediados

de 1846, estando en el poder el general Paredes despues de haber derribado al Sr. Herrera.

Sin atender á las necesidades de la guerra, sin considerar su trascendencia, y de un modo realmente antipatriótico é infame, Paredes se entregó en el poder á una direccion retrógrada y servil, que conspiraba contra la independencia, y mostraba sin embozo sus aspiraciones por la monarquía.

Se decía que este pensamiento lo favorecía el Ministro español Bermúdez de Castro, y lo propalaba el periódico intitulado *El Tiempo*, redactado por las eminencias del partido conservador, entre las que figuraban Aguilar y Marocho, el Padre Nájera y D. Lucas Alaman.

Desatóse cruel persecucion á los escritores liberales, (*) y el general Paredes reunía noche á noche en su casa, edificio del antiguo Correo, á los jefes de los Cuerpos, en cuya tertulia se escarnecía la independencia y las ideas liberales, haciéndose activa propaganda por la monarquía.

La alarma del partido liberal y el retraimiento y desconfianza de los Estados eran visibles, formando el todo un conjunto revolucionario y fatal.

El general Arista había reemplazado en el ejército del Norte al general Ampudia.

El general norte-americano Zacarías Taylor rompió las hostilidades, al frente de tres mil hombres perfectamente armados y equipados, y ocupó el fronton de Santa Isabel.

El Sr. Arista, no obstante lo mal armado, la esca-

sez de recursos y lo desprovisto de lo más necesario, salió al encuentro del jefe norte-americano, presentando la batalla en las llanuras desiertas de Palo Alto, cerca de Matamoros.

La poderosa artillería norte-americana decidió esta acción, no consumándose nuestra derrota por la llegada de la noche.

El general Arista emprendió su retirada frente al enemigo y con el objeto de regresar á Matamoros; pero estando en la Resaca de Guerrero (otra gran llanura), (*) avanzaron las tropas norte-americanas sobre las nuestras.

No dió séria importancia el Sr. Arista á aquel avance; más bien le creyó un reconocimiento que emprendía el enemigo desde un bosque inmediato; pero de repente se lanzaron sobre los nuestros aquellas fuerzas organizadas, produciendo la desmoralización más completa y el desbandamiento más incontenible.

En vano los generales D. Pedro Ampudia y D. Rómulo Díaz de la Vega, con esfuerzos heróicos, pretendieron rehacer á las tropas. El general Vega cayó prisionero combatiendo muy valerosamente, y Ampudia era envuelto por sus soldados.

Entónces el general Arista, reuniendo algunos soldados dispersos, se disparó temerariamente, dando una carga de caballería que hizo bastante estrago sobre el enemigo; pero todo fué inútil, la derrota hizo dueños de nuestro campo á nuestros enemigos, que hicieron cien prisioneros y se apoderaron de nuestra artillería y municiones.

Arista se retiró á Matamoros, que abandonó en seguida, dejando en poder del enemigo cuatrocientos prisioneros por falta de bagajes.

El general Arista fué sujeto á juicio, resignando el mando al general D. Francisco Mejía, quien lo entregó á su vez al general Ampudia que ocupaba Monterey.

Por muy superficial que sea la mirada que se dirija sobre el estado de cosas que acabamos de narrar, se ve que, prescindiendo de que el valor se mostró igualmente alto y esforzado entre las fuerzas contendientes, en las norte-americanas se notó la unidad de acción, la inteligencia directiva, la disciplina perfecta, productora de la exactitud y violencia de los movimientos, y en abundancia los recursos de armas, municiones, víveres, asistencia de heridos, etc., etc.

La comparación de esos elementos y los nuestros es patente, y debe fijarse para establecer un juicio seguro é imparcial.

Miéntas se verificaban tan graves sucesos en nuestras fronteras, en Guadalajara se pronunciaba el general Yañez, gritando: ¡muera el príncipe extranjero! Acudió Paredes á batirlo, dejando encargado el Gobierno al general Bravo; pero el 4 de Agosto se pronunció en la Ciudadela de México el general Salas, huyó Paredes, y habiendo sido hecho prisionero, fué desterrado de la República.

Salas, de quien se había apoderado el partido liberal moderado, convocó un Congreso que eligió presidente á D. Antonio López de Santa-Anna y vicepresidente á D. Valentin Gómez Farías.

Santa-Anna tomó el mando del ejército. Farías se encargó del Gobierno.

El Congreso, compuesto en su mayoría de patriotas liberales, en vista de las circunstancias y de la extremada escasez de recursos, dió su decreto de 11 de Enero de 1847 (*) sobre desamortización de bienes eclesiásticos, y entónces, conservadores y clericales no pensaron sino en la caída de los puros, aun cuando fuese á costa de la independencia.

Los cuerpos de guardia nacional levantados para la defensa de la patria, estaban como separados por clases, y habia cuerpos dependientes de conservadores, y otros del Gobierno. (*)

El Gobierno imprudentemente quiso el desarme de los cuerpos que le eran hostiles; éstos resistieron: el clero atizaba y procuraba recursos, moviéndose con ardor inusitado.

Al fin, con eterna vergüenza y escándalo de México, estalló el pronunciamiento de los *polkos*, es decir, la gente decente, los conservadores, acaudillados por Salas y Peña Barragan, sostenidos secretamente por el partido moderado; (*) quedando fieles al Gobierno varios cuerpos de guardia nacional, á cuya cabeza estaba el general Rangel.

Por espacio de un mes, aproximativamente, las calles de México fueron teatro de toda clase de horrores. Farías ocupaba Palacio, Peña y Barragan San Hipólito, Balderas San Diego, el Cuerpo de Hidalgo el Hotel de Iturbide.

El país entero reprobó con honda indignación el

pronunciamiento de los *polkos*, cuando estaba la escuadra norte-americana en las aguas de Veracruz; el partido moderado se ofuscó; (*) el clero, que todo lo habia promovido, retiró sus recursos y desconoció las libranzas que habia aceptado, por prohibirle los Cánones ingerirse en cosas semejantes, y perdidos los rebeldes, acudieron á Santa-Anna, (*) quien aprovechando la ocasion, ocupó la presidencia el 21 de Marzo, saliendo rumbo á Veracruz el 2 de Abril, dejando el mando á D. Pedro María Anaya, y partiendo á Veracruz á combatir á los invasores. (*)

Los sucesos anteriores de la campaña habian sido la funesta desocupacion de Tampico, defendido por el general Parrodi; la batalla del Sacramento en Chihuahua, en que se distinguió notablemente el general Trias; la ocupacion de Paso del Norte por Doniphan; la de Nuevo México por Kearny, y la de California por Fremont, donde entraba el 19 de Julio, ayudado por la escuadra de Sloat.

El país entero, aunque herido por los ultrajes del extranjero, mostraba cierta frialdad para la guerra, frialdad producida por las maquinaciones del clero, por la inmoralidad, los contratos ruinosos, la ignorancia, el favoritismo y los desórdenes de Santa-Anna. (*)

Ampudia se habia fortificado en Monterey con cinco mil hombres; los oficiales Manuel y Luis Robles Pezuela mostraron grande habilidad en aquellos trabajos: los ataques fueron rudos y la resistencia valerosísima, distinguiéndose los jefes Nájera, Moret, Am-

podía y otros, y haciéndose notable la Sra. D^a Josefa Zozaya, persona distinguida, que alentaba sobre los parapetos á las tropas y les repartía víveres y municiones.

Ampudia capituló honrosamente, dejando á Taylor dueño de la plaza, y se retiró á San Luis, donde se encontraba el general Santa-Anna, que con la llegada de estas fuerzas reunió catorce mil hombres. (*)

El 28 de Junio de 1847 salió el ejército de San Luis al mando en jefe del general Santa-Anna, y acompañado de los generales Mora y Villamil, Blanco, Micheltorena, y otros ménos notables. En las marchas forzadas y bajo la influencia de una grande escasez de recursos y medios para prevenir los rigores de la estacion, quedaron fuera de combate cuatro mil hombres, llegando las tropas así mermadas, el día 22 al frente del invasor. Éste se encontraba fortificado en la Angostura, cerca del Saltillo.

El combate comenzó y duró todo el día 23, desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, peleándose por ambas partes con igual bravura. El ejército mexicano presentaba como testimonios de victoria las posesiones quitadas al enemigo, tres cañones, tres banderas, cuatro carros de parque y varios prisioneros. Por su parte tuvo una pérdida de quinientos noventa y cuatro muertos, mil treinta y nueve heridos y mil ochocientos soldados dispersos, y el invasor, segun sus propios datos:

267 muertos.
456 heridos.
23 dispersos.

Las tropas norte-americanas, aunque en menor número, ocupaban posiciones ventajosísimas; tenían inmensa superioridad en armamento y útiles de guerra, y se encontraban abastecidas de todo lo necesario con abundancia. Sin embargo, si el general Miñon hubiera batido con la caballería la retaguardia, la victoria habria sido completa. (*)

El siguiente día, el general Taylor dispuso poner en salvo sus archivos y trenes, temiendo un nuevo combate; pero el general Santa-Anna dejó el campo en solicitud de víveres, porque las tropas no habian probado bocado en veinticuatro horas. Esto hace asentar al eminente historiador de esta guerra, el Sr. Roa Bárcena:

“Si no es posible apellidar vencedor al ejército mexicano, no hubo vencedor en la batalla de la Angostura.”

La total falta de recursos del ejército, las enfermedades que invadieron á las tropas, y las noticias de la capitulacion de Veracruz, hicieron á Santa-Anna retroceder á San Luis.

Farías, al saber los sucesos de Oriente, ordenó á los batallones de guardia nacional Independencia, Hidalgo, Bravos y Mina, que marchasen á Veracruz, pero esto produjo el ignominioso movimiento de los polkos que trajo á Santa-Anna al poder en los brazos del partido moderado.

La mancha que aquellos guardias nacionales echaron sobre sí, apénas la pueden disimular las heroicas hazañas de esos Cuerpos en las batallas de Churubusco, el Molino del Rey y las garitas de la capital.